

EL OFICIAL DE GUARDIA

DESPUÉS de haber ordenado el toque de *silencio*, el oficial de guardia echó una mirada en derredor del patio del cuartel; no había alma viviente: asomóse á las escaleras que conducen á los dormitorios; nadie: levantó los ojos á las azoteas; lo mismo: tentó el portón; cerrado: examinó el cuerpo de guardia; no faltaba ni un solo número: convenciése por vista de ojos de que estaban encendidas todas las luces en los descansos y en los corredores; de que las centinelas y los plantones estaban en sus sitios; de que todo estaba en orden y silencio; de que el regimiento dormía. ¿Qué le quedaba que hacer al oficial de guardia? Nada: echarse y dormir. Y así determinó hacerlo. Volvió á pasar revista á todas partes, acercóse á la puerta de la cantina, empujóla suavemente; estaba cerrada: escuchó un rato, no se oía una mosca. — Puedo irme á dormir, — dijo para su capote, y se encaminó al cuarto de banderas. Antes, sin embargo, pronunció cuatro palabritas al oído del sargento de guardia: — ¿Entendidos, eh? — No hay cuidado, — le contestó, y para más asegurarle, acompañó la palabra con la acción, llevándose la mano al pecho, ademán que no dejaba lugar á dudas, respecto del concienzudo cumplimiento de la promesa. Entró, pues, encajó la puerta, quitóse la gorra, el

sable y el cinturón, echóse en la cama, arregló el embozo de la sábana, llevó la diestra al primer botón de la levita... —¿Y la ronda?— pensó haciendo un ligero ademán, cual si dirigiera á otro la pregunta, y después de haber cogido la luz con aire malhumorado, fué á plantarse derecho como un poste ante la tablilla del horario, que pendía de una de las paredes, debajo del retrato del Rey. Pusó el índice sobre la hoja de papel, y la hizo girar debajo de las rayas, leyendo rápidamente, y mascullando las palabras con sonidos inarticulados é iracundos, hasta que de repente se detuvo y pronunció con voz distinta:—Ronda por el interior de las cuerdas; á las once.— ¡Por vida de!... —exclamó volviéndose hacia la cama, y dejando con estrépito el candelero sobre la mesa, — ¡ya me lo figuraba! —Y allí permaneció de pie, inmóvil, con los ojos clavados en la almohada, y las manos en ademán de desabrocharse la levita.

— ¡Ronda! ¡Ronda! —comenzó á decir luego, haciendo salir lentamente y uno á uno los botones de los ojales respectivos. —Después de haber permanecido en pie todo el día; después de haber corrido de un lado á otro y de arriba abajo sin momento de reposo; después de haberse desgañitado gritando de mañana á noche, cuando llega el instante de poner los huesos en blando y de gozar unos minutos de reposo, salimos con la dichosa ronda; ¡con la ronda que debe hacerse á las once! Y no hay remedio: toma la linterna, tanto si quieres, como si no quieres, y vuelta á empezar y examina aquí, y escudriña allá y registra por todas partes, ¿y todo para qué? Para ver que cada mochuelo permanezca en su olivo, que la cantina esté cerrada, que no se abran las puertas, y nadie se escurra por las ventanas, y dale que le das mientras te quede resuello en el cuerpo. Finalmente...

Entretanto habíase quitado la levita, que dejó sobre una silla junto á la cama.

—En resolución, que yo soy de carne y hueso como

todo hijo de vecino, y lo que es la piel, no piensa dejarla en el servicio el hijo de mi padre. De esta manera es imposible vivir. Sin exageración: ni tiempo queda para tomar un bocado: dígalosino la orden del día, puesta en el tabloncillo, que no me dejará mentir. Nada más fácil...

Y el pantalón descansaba ya encima de la levita.

—Sí, nada más fácil que disponer un horario, sentado cómodamente delante de una mesa, con una buena comida entre pecho y espalda, y un cigarro de diez en los labios; sí, nada más fácil. El daño lo sufren los pobres diablos que han de ajustar sus actos á las indicaciones del horario. ¡Siempre quiebra la soga por lo más delgado, y el que está debajo que se jorobe! ¿Qué se les importa á los que mandan, que el pobre oficial de guardia no tenga tiempo siquiera para tomar un bocado? ¡Quien manda, manda, y cartuchera en el cañón! En resumidas cuentas...

Y los calzoncillos hacían ya compañía á los pantalones.

—En resumidas cuentas, ¿quién ha de ser el alma de cántaro á quien se le antoje asomar la gaita á estas horas; á las diez? ¿Quién ha de estar tan dejado de la mano de Dios que se venga por acá, sólo por darse el gusto de ver si hago ó no la ronda? Pues no digo nada, con un frío que se hielan los perros, y un viento que derriba los árboles, y una calle que con sólo pisarla se corre peligro de romperse cien veces la cabeza... El coronel vive en el extremo opuesto de la ciudad, y no es aficionado á sorpresas nocturnas... El oficial de semana... ¡bah! está recién casado, y no hay miedo que deje á su mujer. En cuanto al jefe de día... lo que es el jefe de día á la hora de esta estará haciendo su acostumbrada partida de damas, y ni por pienso se le antoja venirse por acá. Á más de que, si viniese, para entrar...

Entretanto habíase metido entre sábanas tiritando de frío, y encogiéndose muellemente debajo de las mantas, contraía los labios con ademán de voluptuosa poltronería.

—Para entrar sería menester que abrieran la puerta, y para que abrieran la puerta deberían comenzar por dar un aldabonazo, y antes que el cabo de guardia lo hubiese oído, y se hubiese incorporado, y tomado la llave, y encontrado, á tientas, el ojo de la cerradura, y abierto, tendrían que pasar lo menos cinco minutos, que bastan y sobran para vestirme, correr á la puerta, abrirla, coger la linterna del cuerpo de guardia, y salir al encuentro del visitante nocturno para darle cuenta de lo ocurrido.

Y así diciendo, mató la luz de un soplo; arrebujóse en el abrigo; echóse de lado; buscó una postura cómoda, y cerró los ojos diciendo para sus adentros:—Darle cuenta de lo ocurrido. Convengamos en que es una gran cosa esto de meterse en cama cuando se ha pasado el día hecho un azacán! ¡Cuidado si tiene el servicio tres pares de bemoles! ¡Y pensar que aun poniendo en ello mis cinco sentidos, jamás logro darle por el gusto á aquel pedazo de bárbaro del capitán! Que la carne está cruda. Pues, ¿quién tiene la culpa? Yo. Que las escaleras están poco limpias. ¿Quién es el causante? Yo. Que no reina en los dormitorios el orden debido. ¿Quién se chupa el rópice? Yo, yo y siempre yo.—¡Ah, qué buena cama esta!—Y al decir de las gentes, de ciertas gentes, se entiende, nuestros quehaceres se reducen á llenar de humo los cafés, y á decirles chicoleos á las muchachas. Pues aquí les quisiera ver yo á estos tales, ahora precisamente en que todo el mundo está á la que salta,... y con el afán de lucro... y la riqueza mueble...

Y poquito á poco, divagando sobre esta defensa de su propia persona, fueron velándose en su mente los pensamientos y las imágenes; el capitán, y el jefe de día, y la mujer, y el lucro, y la riqueza mueble se confundieron en bizarra mezcolanza que á su vez se desvaneció paulatinamente,... y al cabo de un rato... roncaba como un bienaventurado.

Cumple decir, sin embargo, que no se había entregado al descanso sin un tantico de inquietud y no poco de zozobra. Cada vez que se le ofrecía á la imaginación la idea de la ronda, sentía algo así como estremecimiento: una impresión semejante á la del muchacho que ha hecho novillos para largarse con los compañeros á hacer bolas de nieve, al cual asaltan de cuando en cuando las imágenes del maestro, ó del abuelo, con la circunstancia de que cuanto más hace por desecharlas, con más insistencia vuelven, así como mosca pegajosa.

Y soñó. Comenzaron á pasar delante de su mente, uno en pos de otro, aquellos diez ó doce soldadotes indisciplinados que se encuentran en todos los regimientos y que adquieren fama y notoriedad por sus escapatorias nocturnas, por sus escándalos de taberna y por sus bribonadas, emprendidas, y llevadas á cabo, con la mayor felicidad: aquellos que se han hecho célebres por su destreza en cogerle las vueltas y jugarla de puño al lucero del alba: aquellos, finalmente, cuya fama proviene de los castigos y reprensiones que deben imponérseles, y de los largos arrestos que han de sufrir, pareciéndole que cada uno de ellos, al pasar, le susurraba en voz baja en los oídos, sonriendo á modo de fisga:—Duerme, duerme que te la hago.

Y también desfilaron uno en pos de otro con el cigarrillo entre los labios y un ramo de flores en la mano, todos los subtenientes más apuestos y elegantes del regimiento; los que se distinguen por llevar echado atrás el kepis, y los botitos con talones puntiagudos, tienen novia en la ciudad, y en cuanto pueden tomar las de villadiego para echar con ella un párrafo á la luz de la luna, no dejan que se les pase la coyuntura. Y parecíale que al pasar le dijera también cada uno con voz sumisa:—Duerme, duerme que te la hago.

Hasta el mismo sargento de guardia, que poco antes